

El 30 de octubre del año pasado, *Estudios Sociales* sufrió otra pérdida irreparable, con la desaparición física de Eduardo Hourcade, miembro fundador y de su consejo editorial. Las palabras que el director de la revista, Hugo Quiroga, y el historiador Fernando Devoto, miembro del Consejo Asesor, escribieran constituyen una evocación insuperable de su figura. Reproducimos los textos a continuación, en memoria de nuestro amigo y colega¹.

UN HISTORIADOR DE TALENTO

Hablar de Eduardo es hablar de un amigo entrañable, muy querido, y de una figura intelectual reconocida y prestigiosa. Lo conocí en 1984 a mi regreso del exilio, me lo presentó Ricardo Falcón. De ahí en más entablamos una profunda amistad que el tiempo consolidó. Eduardo era dueño de una conversación amena, afectuosa, pero siempre aguda, con razonamientos filosóficos. Argumentaba y contraargumentaba con capacidad asombrosa, siempre abierto y receptivo, sin temor ante tempe-

ramentos, opiniones y pasiones diferentes a las suyas. Pensaba por sí mismo. Fue un historiador de talento, formado básicamente en Francia, en donde hizo su doctorado, y mantenía vínculos académicos permanentes con las principales figuras de ese país, en los temas de su especialidad. En esa reluciente trayectoria participó de un emprendimiento académico de gran relevancia en el mundo científico, la creación de la revista *Estudios Sociales* en 1991, de la Universidad Nacional del Litoral.

¹ Ambos textos fueron publicados en el suplemento «Más» del diario *La Capital*, el 21 de febrero de 2016. Agradecemos la generosidad de Fernando Devoto.

Fue uno de sus fundadores y miembro del consejo editorial hasta el final. En los inicios de una revista universitaria del interior fue un verdadero militante, la hacía circular personalmente en Buenos Aires entre instituciones y profesores universitarios. En esta evocación no puedo dejar de mencionar su rol de profesor. Eduardo amaba la enseñanza, jerarquizaba esa función como pocos, la cumplía con un

copioso compromiso, atrapaba al público por su erudición y por la coherencia en la línea argumental. Sus seminarios fueron célebres, podía hablar tres horas sin ningún papel en la mano sin perder el hilo conductor de su disertación. Sus alumnos lo recuerdan como el mejor de sus profesores. Se nos fue muy temprano.

Hugo Quiroga

ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

Con la partida de Eduardo Hourcade se fue un amigo, un historiador y un testimonio de un tiempo que fue. De los años 70 en los que se formó conservó una idea, la no ociosidad de la historia, y algunas lecturas que perduraron en él, de Eric Hobsbawm (que poblaba la bibliografía de sus cursos de Historia Social Contemporánea) a Marc Bloch, al que dedicó un libro (junto a Cristina Godoy) en el que además de una introducción traducía al castellano algunos de sus ensayos seminales. El título que le dio sugiere aquella idea de la historia que fue suya: «Marc Bloch: una historia viva». Le interesaba el pasado porque le interesaba el presente. Empero, le interesaba también el pasado por el pasado mismo, como mostraban su amistad con libreros y editores, su bibliofilia o su coleccionismo de cosas pretéritas (como las radios a

transistores). «Curiosidad por el mundo», la célebre fórmula de Jacob Burckhardt, era también la suya, y esa curiosidad casi ilimitada lo llevaba a cambiar de registros y de temas con frecuencia inusual. De ese modo, por ejemplo, pudo escribir en 1993 una tesis de maestría sobre «Ricardo Rojas: un pasado para la democracia argentina» y 10 años después una tesis de doctorado en la célebre École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (bajo la dirección de Roger Chartier) sobre un argumento y un periodo muy diferente: «La construction culturelle d'une société nouvelle: le Rio de la Plata et ses rapports avec la France et l'Europe 1800-1850», textos ambos de los que publicaría sólo fragmentos y que pensaba finalmente editar en Argentina y en Francia este año. La sorpresiva muerte se interpuso. La muerte, tema sobre el que le gustaba reflexionar

con ironía y escepticismo y sobre la que escribió ensayos penetrantes, desde luego porque conocía como pocos la nueva historiografía internacional que se abría camino en los ochenta, entre la historia social y la cultural, pero también porque le era un argumento muy congenial. He ahí, por ejemplo, el brillante texto que escribiría sobre la de Lisandro de la Torre, «La muerte del tribuno», en un volumen también cocompilado por él sobre *La muerte en la cultura*. De ahí quizás también su curioso interés por Chateaubriand, en el que se detuvo largamente en esa tesis de doctorado centrada en la circulación de libros e ideas entre Francia y lo que llamamos Argentina. Con todo, en el conjunto de una producción muy variada y a veces recóndita, un eje puede detectarse: su interés por la historiografía, por la memoria pública y el patrimonio. Es decir, más que los «hechos» le interesaban las construcciones (o fabricaciones o representaciones) que los historiadores o las elites hacían sobre el pasado. A esas operaciones aplicaba su aguda inteligencia y una mirada desacralizadora que reposaba en su amable y perspicaz interés por las fabulaciones humanas. Véanse, a modo de ejemplo, el magnífico ensayo que dedicó a «los usos del Monumento a la Bandera» o aquel otro sobre «Ricardo Rojas, hagiógrafo». Sus dos mundos fueron Rosario y París. Buenos Aires era apenas un lugar de tránsito, iba, hacía lo requerido y vol-

vía prontamente a Retiro para retornar a esa ciudad que era tan suya. París, por su parte, era un lugar donde había estado tantas veces, primero como becario y luego como profesor. Allí estuvo por última vez el año pasado y pudo permanecer tres meses gracias a una invitación de la École y allí esperaba volver por otros tres en el 2016, con invitación o sin ella, según me dijo. París era para él tantas cosas: las bibliotecas y las librerías, las calles que le gustaba caminar pero también el lugar donde se encontraba con sus colegas e interlocutores preferidos, de Chartier a François Hartog, de Jacques Revel a Patrice Vermeren. Pero París era también el lugar con el que habían interactuado fuertemente otros historiadores que no eran franceses pero a los que también cultivaba, personal o intelectualmente, desde Robert Darnton (al que dedicó un fino y equilibrado ensayo en torno a los debates que surcaban su obra) a Giovanni Levi. Emblemas casi todos de eso que iba a llamarse «nueva historia» que pugnaba por dejar atrás, no siempre con justicia, a los grandes antepasados pero también, y aquí sí pertinentemente, a los dogmatismos que habían poblado la estación historiográfica precedente y que en Argentina y en Rosario sobrevivían pugnaces. Le tocó convivir con éstos y lo hizo con humor y con esas buenas maneras de su don de gentes. No le interesaban mucho historiográficamente, como tampoco le intere-

saban los academicismos, con toga o sin toga, ni las *coteries*. Sobre todo ello observó una vez con gracia, en torno al 2013, que una de las cosas más curiosas era que había podido sobrevivir por 30 años ininterrumpidos en una universidad a la que se había incorporado con el retorno de la democracia que parecía aspirar a desatar (verbalmente) todas las tormentas del mundo. Y todavía podría agregarse que lo hizo sin doblegarse tampoco a las lógicas que suelen llamarse científicas, que consisten en especialización exasperada, papers, congresos y artículos (en revistas

indexadas), en las que no creyó nunca. La historia era para él una pasión, no una profesión; los temas que le interesaban, no los que deberían haberle interesado según las mudables convenciones del gremio; los tiempos, los suyos. Y en este sentido, él no sólo era un ejemplo por sus trabajos de historiador o por su generosidad como profesor, sino que era un notable testimonio de que había otra forma, más original, más honesta, más auténtica de colocarse en el mundo intelectual.

Fernando Devoto